

Los pasos amargos

Julián Mateos de la Higuera



Julián Mateos de la Higuera Palacios

Los pasos amargos

Primera edición: septiembre de 2021

©Grupo Editorial Max Estrella

©Julián Mateos de la Higuera Palacios

©Los pasos amargos

Fotografía de portada: Julián mateos de la Higuera Ruiz Peinado

ISBN: 978-84-17008-56-7

Grupo Editorial Max Estrella

Calle Doctor Fleming, 35

28036 Madrid

Editorial Calíope

editorial@editorialcaliope.com

www.editorialcaliope.com

Para todas aquellas personas que reciben maltrato. En especial a las mujeres. En mi dedicatoria solo caben ellas y mis deseos sinceros de que algún día, con la ayuda de todos, desaparezca esa brutal lacra de maltratadores, para que todas las personas sean respetadas y puedan hacer su voluntad sin coacción, asedio ni violencia, como cualquier ser humano libre.

PRÓLOGO LA NOVELA: AÑOS OSCUROS DE UN PUEBLO BLANCO

ENTRE LA NIÑEZ Y LA ADOLESCENCIA AÑO 1944 AL 1949

UN AMOR QUE DUELE AÑOS 1950 AL 1958

LA HUIDA AÑO 1958

UNOS MOMENTOS DE ALEGRÍA AÑOS 1958 AL 1959

EL REGRESO AÑO 1959 AL 1969

TIEMPO DE PRISIÓN AÑO 1969 AL 1972

DESPUÉS DE CUMPLIR CONDENA AÑO 1972 AL 1973

EL AMPARO DE UNA MADRE AÑO 1973 AL 1975

DESPUÉS DEL ESCÁNDALO AÑO 1975 AL 1977

DE VUELTA A LA INTRANQUILIDAD AÑO 1977 AL 1981

LA BODA AÑO 1982

LA NOBLEZA DEL CARIÑO AÑO 1982 AL 1983

POR FIN EL DIVORCIO AÑO 1983 AL 1984

UN AMOR INESPERADO AÑO 1985 AL 1987

EL ÚLTIMO ENCUENTRO AÑO 1988 AL 1990

PRÓLOGO

LA NOVELA: AÑOS OSCUROS DE UN PUEBLO BLANCO

En uno de esos pueblos blancos y silenciosos de Castilla...

Comienza la novela con una frase inquietante, sugerente y que nos traslada a tierras conocidas para los que somos de esta Castilla. Una tierra donde los niños bulliciosos juegan en la calle con alegría, siendo los únicos que se atreven, inocentes, a romper el silencio de unos años oscuros, muy oscuros, de esos pueblos blancos.

Pero Julián no le pone nombre a ese pueblo. No quiero levantar la liebre de las comparaciones, porque siempre son odiosas, pero podría ser el *Macondo* de Gabriel García Márquez, el *Santa María* de Juan Carlos Onetti, o el *Mágina* de Antonio Muñoz Molina. Pueblos imaginarios que nos trasladan las vivencias y sensaciones de sus creadores. Sin embargo, él prefiere dejarlo en el anonimato para poner nombre a los personajes que lo habitan. Personajes con alma, con sentimiento, con pasiones. Personajes que, en definitiva, son los que dan sentido a la historia que nos cuenta. Una historia que se unta en pan tostado al amor de la lumbre. Julián quita la importancia a un detalle como el nombre del pueblo. Un detalle que, de estar ahí, no aportaría nada al todo que la historia ya tiene de personal y de secreto a voces. Así, cada uno podemos trasladarnos a nuestro pueblo blanco y silencioso de aquellos años oscuros, y reconocer y rescatar

de nuestra memoria a los personajes de nuestra historia: Juana, Enrique, Vicente, Beatriz, Sebastiana, Benito, Patricia, Román, Claudia... o como quiera que se llamen en cada recuerdo.

Son esos personajes los que nos hacen viajar en el tiempo, en una travesía de casi cincuenta años, mostrándonos como nacemos (nacemos), crecemos (crecemos), vivimos (vivimos) y morimos (morimos), con sus penas y alegrías; unas triviales y otras existenciales, pero todas vitales; dejándonos claro que la vida casi nunca es un camino de rosas, pero que en las cunetas del camino siempre hay margaritas, amapolas, jaras y tomillos. En definitiva, otras muchas flores que también merece la pena disfrutar. Porque al final, el camino es la propia vida.

EL AUTOR: UN HOMBRE BLANCO EN AÑOS OSCUROS

Encárgate tú de decirles alguna mentira que cuele. Yo tengo mis defectos, pero no sé mentir como tú.

Esta frase es de Juana, la protagonista de la novela, pero creo que podría definir perfectamente a Julián. Él es un hombre sincero, sin vueltas ni recovecos donde esconderse, porque ni quiere ni lo necesita. Es un hombre blanco y no hablo del color de su piel. Y eso se traduce en su forma de escribir. No le asusta contar cualquier cosa que pase por su imaginación o su recuerdo, salvo aquello que pudiera herir al propio lector.

Es un hombre blanco que ha vivido esos años oscuros que cuenta en la novela y que se avergüenza como persona, pensando que todos podríamos haber hecho más de lo que hicimos para que no fueran tan oscuros. Pero es consciente de que cada cual hizo lo que pudo para que la oscuridad no le alcanzara; para que esos pasos no fueran tan amargos.

Podría contar más de Julián, pero prefiero mostrarlo. Y él sabe a qué viene esto.

Nos conocemos hace ya unos años. Nuestra relación siempre ha estado vinculada a la literatura, bien a través

de sus colaboraciones con el Grupo Literario y Cultural “Pan de Trigo”, o bien porque hemos coincidido en algún taller de escritura creativa.

Recuerdo que en uno de esos talleres se propuso un ejercicio descriptivo. Para ello cada uno de los asistentes tuvimos que depositar, en secreto dentro de una bolsa, un objeto que llevásemos en ese momento en el bolsillo y que pudiera ser indicativo de nuestra persona, o no. Luego elegimos al azar uno de esos objetos, con cuidado de que no fuese el nuestro. El objetivo no era tanto descubrir de quién era el cachivache que nos tocara, como utilizarlo de excusa y disparadero para describir y definir a un personaje literario. Luego vendrían las bromas y coincidencias cuando supiéramos de quién era cada cosa.

En el reparto, a mí me tocó un cabo de lápiz de unos seis centímetros, sin pintura, pero con el lustre que le habían dado unos dedos cuidadosos y la tela del bolsillo y recupero aquí lo que escribí entonces:

Uno no lleva en el bolsillo cualquier cosa. Pañuelos y pelusas aparte, en los bolsillos llevamos parte de nosotros mismos. Por eso no dejamos que nadie nos meta la mano en esa intimidad, así como así. Un lápiz pequeño, como su dueño, con una punta rechoncha sacada a mano es de una persona minuciosa, detallista en las formas y que siempre quiere estar preparado para anotar esa frase esquiva que olvidaremos si la dejamos pasar. No es una estilográfica que se lleva en el bolsillo interior de la chaqueta para firmar. No es un rotulador que va en el bolsillo de la camisa para subrayar. Es un lápiz diminuto que va en el bolsillo del pantalón, siempre al alcance de unos dedos humildes y sencillos, curtidos por el duro trabajo de escribir en la tierra y que ahora se afanan en escribir cuadernos y cuadernos, mientras los ojos que los guían brillan emocionados al leer el rastro que el lápiz mínimo ha dejado en el papel.

Reconozco que escribí aquel ejercicio jugando con ventaja. Primero porque era yo el que lo había propuesto y

segundo porque sabía a ciencia cierta que el lapicerillo era de Julián. No era la primera vez que lo había visto en sus manos: anotando observaciones, subrayando frases y corrigiendo palabras en sus escritos. Pero está claro que no me equivocaba. Ese objeto mostraba a una persona precavida, porque siempre es bueno llevar elementos de escritura cuando uno quiere ser escritor; para poder tomar una nota rápida en cualquier momento. Mostraba a una persona ahorradora. Cualquiera otra ya habría desechado ese diminuto lapicero. Ponía de manifiesto a un hombre práctico, porque otro lápiz mayor no sería tan fácil de llevar en el bolsillo del pantalón. Dejaba ver a un escritor responsable, pues una palabra escrita con lápiz siempre se puede borrar y volver a escribir.

Y ahora también juego con ventaja, al prologar esta novela. La ventaja de haberla leído antes que usted, querido lector, y poder decirle que merece la pena comenzar y terminar la aventura, trasladándonos a *uno de esos pueblos blancos y silenciosos de Castilla...*

Antonio García-Catalán Barchino

ENTRE LA NIÑEZ Y LA ADOLESCENCIA

Año 1944 al 1949

En uno de esos pueblos blancos y silenciosos de Castilla, el bullicio de niños y niñas que jugaban en la calle llenaba el ambiente de alegría. La inocencia innata resplandecía en cada uno de los gestos naturales y espontáneos que, inconscientemente, hacían cada uno de ellos en la rivalidad del juego. En cada temperamento, en cada genio, en cada impulso, en cada reacción estaba su forma de sentir, sus cualidades únicas y diferentes de unos y de otros. Movimientos propios y espontáneos que definían la energía, la rebeldía, la nobleza y la personalidad de cada uno de esos críos.

Jugaban los niños en un grupo y las niñas, en otro. Juana, Beatriz y María jugaban al salto de la comba y se turnaban: dos de ellas hacían girar la cuerda del saltador en redondo hacia arriba y hacia abajo repetidas veces; la otra, saltaba. A su lado, otras niñas jugaban a la rayuela. Vicente, Juan y Alberto jugaban a las canicas mientras Jaime y Román miraban.

Juana, con diez años, era la mayor de tres hermanos: Jaime, con ocho y Román, con cinco. Los tres eran hijos de Aurelio y Joaquina, un matrimonio pobre, como tantos otros, pero feliz dentro de los contratiempos que ocasionaba la pobreza.

Juana aún era niña de jugar, pero en ocasiones tenía que hacerse cargo de la casa y de sus hermanos porque sus

padres, sobre todo en recolecciones, trabajaban en el campo los dos.

Vicente, Beatriz y María eran hermanos y vivían en la misma calle que Juana, en una casa colindante con la de Aurelio, justo al lado, puerta con puerta. Beatriz y María eran amigas de Juana y Vicente, su admirador. Inconscientemente, desde muy niño estaba enamorado de ella, aunque él aún no lo sabía. A sus doce años, dos años mayor que Juana, el amor era un sentimiento misterioso que Vicente no era capaz de comprender. Un azogue extendido por el cuerpo que aumentaba su agitación cada vez que Juana estaba cerca de él y cuando no la veía, ese azogue bullía en su mente fraguando escenas imaginarias e ilusorias que no ocurrirían nunca.

Al cumplir los doce años, Vicente había dejado la escuela, los amigos y los juegos para cuidar cabras y ovejas. El cambio en su vida fue monumental: dejó el pantalón corto para vestir unos largos de pana; la camisa de tejido fino, por la de kaki comprada por su madre en el rastro; los zapatos y calcetines, por albarcas y peales; y la blancura de su piel se tostó como un tizón con el calor del sol y el aire del estío. Unos meses después de ese cambio, Vicente parecía un viejo en miniatura. Sin embargo, a pesar del cambio y de todo lo que había dejado, era feliz. Echaba de menos su vida infantil, pero se conformaba con buscar a sus amigos cada anochecer para jugar en la calle después de encerrar los animales. Se juntaba con ellos y, al mismo tiempo, buscaba con la mirada aquello que era lo más importante para él: Juana. Cada día intentaba por todos los medios hablarle o al menos verla. Cuando hablaba con ella, sentía una alegría inquieta, y después, forjaba en su cabeza esas ilusiones que lo hacían feliz. Así aprovechaba sus ratos libres para matar el gusanillo de todas las actividades infantiles que había dejado atrás.

Juana, sin saberlo, hacía que Vicente mantuviese viva la ilusión dentro de ese recato que no le dejaba valor para

revelarle su secreto. Su poca estatura, su aspecto aniñado y su inseguridad hacían que a los dieciséis años ninguna mujer, aun siendo más joven que él, lo considerase apropiado para formar pareja. En cambio, en Juana era todo lo contrario: su cuerpo se desarrollaba a pasos agigantados y a los catorce años no envidiaba a ninguna mujer, aunque fuese de más edad que ella: su gracia al andar, su sonrisa espontánea y su cara todavía de niña la hacían aún más atractiva.

La figura esbelta de Juana, su tez morena, sus ojos negros grandes y vivarachos prendaron a Enrique desde el primer momento en que la vio. A partir de entonces, no había día que no visitase el barrio para con cualquier excusa hablarle, hasta que un día, viendo que ella siempre era atenta a sus palabras y a sus halagos, decidió declararse abiertamente, y al hacerlo, vio como Juana se azaraba y enrojecía mientras le decía que no a su propuesta.

Enrique era un muchacho rubio, uno ochenta de estatura, seguro de sí mismo y dos años mayor que Juana. Tenía fama de seductor y era arrogante y reñidor: una persona capaz de someter a su voluntad a cualquiera, sobre todo si se trataba de mujeres. Su misión era demostrar que en su corral no cabían más gallos que él, y para demostrarlo siempre estaba dispuesto a la pelea con cualquiera que se interpusiese en su camino: algo que Juana ignoraba.

Ella solo lo conocía desde aquel momento en que la había empezado a rondar y nunca supuso que su verdadero carácter fuese tan contrario al agrado que mostraba en la conversación mientras intentaba conquistarla. Ella, al tener frente a frente su simpatía, sintió que las piernas le flaqueaban y el corazón se le aceleraba a un ritmo desorbitado. Se quiso hacer fuerte ante un desconocido como era Enrique, pero ese intento de fortaleza se derrumbó en la segunda vez que habló con él. Juana, ilusionada, accedió a la propuesta de su pretendiente y

desde entonces quedó presa de un cariño que consideraba patente y sincero.

Su compromiso fue un secreto durante algún tiempo, más para su familia que para el resto de la gente, porque él, desde aquel mismo día, acompañó a Juana cada anocheada hasta una esquina anterior a su casa. Los catorce años de Juana aún no eran suficiente justificación para decirle abiertamente a Aurelio que estaba enamorada y quería comprometerse. Llevaría su compromiso con cautela y poco a poco iría dando asomos de él a su madre para que fuese preparando a su padre. Y cuando estuviese enterado, entonces solicitaría la aprobación de Aurelio para llegar a un compromiso formal de noviaz.

Cuando Vicente vio que Enrique merodeaba por el barrio detrás de Juana sintió un pinchazo en el corazón que le hizo envalentonarse y una tarde que coincidieron cuando ella salía de su casa, él le dijo después de saludarla:

—Quiero hablar contigo, ¿te importa?

—Por supuesto que no —dijo ella sin imaginar que tenía que decirle.

Él, se mantuvo unos segundos en silencio y al final, con algo de timidez, casi en un susurro le dijo:

—¡Te quiero! Estoy enamorado de ti y mi mayor deseo es estar contigo. No creas que esto que te estoy diciendo es un arrebatado pasajero, porque no lo es: llevo pensándolo dos años sin saber cuándo decírtelo. Siempre que te miro siento una gran alegría, pero al mismo tiempo siento miedo a perderte. Si no me he declarado antes ha sido porque pensaba que aún eras muy niña, pero ya no puedo aguantar más.

Ella, sorprendida, se mantuvo callada mientras Vicente se declaraba, pero después de un momento de silencio se rehízo de la sorpresa y le dijo que ya estaba comprometida con Enrique.

—He llegado tarde —aseguró él con una sonrisa triste—. Quizá antes de venir él, este compromiso hubiese sido

posible.

—No creo que hubiese sido así, Nunca he estado enamorada de ti. Yo también te quiero: te he querido siempre, pero solo como amigo.

El tiempo fue pasando y desde aquel primer compromiso habían pasado dos años y Enrique deseaba disfrutar de Juana con más libertad, sin tapujos. Tenía la esperanza de que al tener con ella un compromiso formal, se abriría “la veda” para darle más margen de confianza en los momentos amorosos y de solaz. Enrique se desesperaba por ver su deseo cumplido, por lo que cada día insistía más para que Juana anunciase a sus padres un compromiso de noviaz para hacerlo realidad dentro del menor tiempo posible. Al final ella se decidió y por medio de Joaquina solicitó la licencia de Aurelio, que accedió sin ninguna ilusión. Pensó que su hija aún era muy niña para comprometerse. *El amor es siempre bello, pero a veces es traicionero y hace sufrir* —pensaba Aurelio—, y él no quería que su hija padeciese. Pero a Juana se le veía feliz y con ilusión por llevar a cabo ese acontecimiento y él no era capaz de aguarle a su hija esa felicidad. Sabía que si no accedía este año, tendría que hacerlo al año siguiente y, aunque estaba claro que su hija era toda una mujer, para él con cualquier edad sería siempre su niña. Aurelio empezó a retroceder mentalmente en el tiempo recordando cada paso de su vida desde que pretendió a Joaquina hasta ahora que Juana iba a iniciar esa relación con Enrique, y vio claramente que no había cambiado nada. Lo único que cambiaba era su punto de vista. En aquella ocasión, él veía en su esposa a la mujer de la cual se había enamorado, aun teniendo la misma edad que tenía ahora Juana. En esos momentos, al mirar a su hija no se daba cuenta de que Juana era igual que su esposa cuando él la pretendió y que era tan mujer como lo era Joaquina entonces. Poco a poco fue recapacitando y al fin se convenció de que la vida sigue y se repite en cada generación, por lo que hay que

resignarse a perder unas cosas a cambio de ganar otras. Juana había iniciado el camino hacia la independencia, pero cuando eso llegase no perdería a una hija, ganaría un hijo y la ilusión de que los nietos volviesen a llenar la casa.

Un sol de primavera alumbraba aquella tarde de domingo. Juana y Enrique estrenaban su compromiso de noviazgo y una felicidad desbordante los hacía flotar como en un sueño mientras paseaban por el parque percibiendo el aroma de rosas, lilas, panginos, romero y otras plantas que abrían sus flores como ojos impacientes por ver una primavera recién estrenada. Juana y Enrique veían sus sueños cumplidos. Ella, segura de que Enrique era el amor de su vida y él, orgulloso de haber conseguido una mujer de las más hermosas, si no era la más hermosa del pueblo y la más deseada por los mozos. Sin embargo, no la lucía como un hombre enamorado, sino como quien gana un trofeo después de una competición: algo que él y solo él había conseguido entre un sinfín de pretendientes. Para Enrique el amor en el hombre no existía, solo había una atracción física y el deseo carnal, lo demás eran cursiladas de hombres blandengues que justificaban con el amor su sosería y su falta de hombría.

Vicente era todo lo contrario. Se deshacía en angustia por el amor a Juana y ahora mucho más desde que se había comprometido con Enrique. Él estaba en el campo de quintería y solo la veía cada dos semanas cuando venía con sus dos días de descanso. Vicente pensaba desconsolado que, tenía que olvidar ese amor, pero le era imposible dejar de amarla. Mientras él sufría, Juana era feliz, aunque con algunas contrariedades. Enrique a veces se enfadaba, pero luego se desvivía por ella con tal de conseguir sus favores amorosos, lo que hacía que Juana se sintiese contenta porque la mimaba el hombre de su vida. No era consciente de que a él solo le interesaba disfrutar de ella sin ningún sentimiento de amor, solo por el placer del sexo.

La conformidad de Juana era que los enfados de Enrique tenían casi siempre el mismo origen: unas veces era por celos y otras, porque no conseguía que ella se entregase plenamente. El recato de Juana le crispaba los nervios hasta tal extremo que a veces, enfadado, le hacía desprecios, pero luego cuando se le pasaba el enfado, se deshacía en halagos sobre ella como si nada hubiese pasado. Así pasaba el tiempo y Juana, enamorada, no veía lo que para Beatriz y el resto de sus amigas estaba totalmente claro desde el principio. En su enamorada adolescencia Juana estaba ciega, y lo seguiría estando muchos años más. Solo una fuerza mayor que el amor que sentía por Enrique sería capaz de sacarla de su error.

Ella, a pesar de las contrariedades era feliz. Cada domingo, cuando él no tenía otros planes, iban a bailar y en esos momentos de diversión derramaba una alegría desbordante. Juana le seguía llena de dicha olvidaba aquellas contrariedades de su novio, que a veces se producían muy de tarde en tarde.

Cuando estaba a punto de cumplirse un año de compromiso, hicieron planes para celebrarlo. El domingo siguiente sería el aniversario y daba la coincidencia de que Elena y José, hermana y cuñado de Enrique, venían al pueblo desde su residencia en Valencia para presentarle a la familia a su hija Casimira, nacida dos semanas antes.

Enrique iría temprano a casa de Juana a buscarla y pasarían juntos todo el día en casa de él. Sebastiana, la madre de Enrique, estaba avisada. Comerían en casa todos juntos y después ellos se irían al parque para celebrarlo con el resto de parejas amigas.

Hacía un día primaveral y Juana estaba ilusionada con los planes que había hecho su novio. Desde muy temprano hacía las tareas de la casa para estar dispuesta cuando él llegase, y antes del mediodía estaba preparada a la espera de que Enrique fuese a su encuentro. Los nervios de Juana la mantenían inquieta, en parte por la ilusión de celebrar

esa efeméride, pero también por la entrevista con sus cuñados y la niña. Ella no los había vuelto a ver desde la presentación, cuando se hizo novia con Enrique, hacía ya un año y era la única vez que había hablado con ellos. Ahora venían con la niña y ella estaba ilusionada por conocerla y darle un regalo. Estaba nerviosa porque desconocía los gustos de su cuñada y hasta que no entregase el regalo no estaría tranquila. Su cabeza iba y venía con preocupación a la futura entrevista, formulando en su mente frases como: ¿Te gusta? Si no te hace apañó ,lo cambio. He elegido el color rosa: tenía dudas *sobre si el rosa o el blanco, pero al final he elegido el rosa.*

De pronto, advirtió un fallo para ella imperdonable:

—¡Qué tonta !—se dijo así misma—. Lo primero es felicitarlos.

Andaba en esos pensamientos mientras ayudaba a su madre planchando la ropa recién recogida del tendedero.

UN AMOR QUE DUELE

Años 1950 al 1958

Esperaba Juana ilusionada la llegada de su novio. Hoy estrenaba atuendo nuevo: una blusa color rosa, medias de cristal, unos zapatos planos beige y una falda blanca tornasolada que le llegaba por la rodilla, sin cubrirla.

Juana estaba contenta, pero nerviosa. La espera se alargaba más de lo que Enrique le había dicho. Eran las tres de la tarde y aún no había llegado. Este domingo era especial para ella, ya que comería por primera vez en casa de su novio.

Con la mayor ilusión se había puesto guapa para él. No sabía qué había podido pasar, pero ya hacía tiempo que había pasado la hora de la comida y Enrique no había ido a buscarla. Sin embargo, mantenía la ilusión mientras veía caer el sol en una tarde maravillosa de primavera. Ella pensaba darle el regalo a Elena para la niña y después lucirse y disfrutar de esta tarde en un paseo romántico por el parque, presumiendo de su atuendo recién estrenado con la persona amada y sentirse orgulloso el uno del otro por la dicha de estar juntos y enamorados; pero el tiempo pasaba y seguía sin llegar. Juana desesperaba pensando que ya no llegaban, al menos a la hora de la comida, porque después de contar las campanadas del reloj de la plaza, comprobó con desilusión que eran las seis de la tarde.

Después de asomarse varias veces a la calle, Juana vio desde lejos que Enrique venía calle abajo con paso ligero. Los amigos y unas copas lo habían entretenido; pero no por eso estaba preocupado. Sabía que ella jamás le reprochaba

sus tardanzas, incluso las aprobaba sin rechistar; pero hoy era distinto: era un acontecimiento especial y, además, estaba la presentación de la niña de Elena y José. Y el motivo por el cual no había acudido a la hora acordada no era disculpa, y él lo sabía. Sin embargo, Enrique pensaba que no tenía por qué darle explicaciones a nadie, y menos a una mujer. Hoy se habían puesto así las cosas y él no iba a quedar con sus amigos como un calzonazos porque su novia lo esperase.

En este año de noviez, varias veces había ocurrido lo mismo: algunos domingos había llegado tarde y otros ni siquiera había llegado, pero Juana, tolerante, no había dicho nada. Únicamente en algún caso había preguntado por el motivo de esa ausencia, pero solo había sido por curiosidad, sin pedir ni exigir más explicaciones.

Mientras él llegaba, ella pasó a retocarse, se miró en el espejo, se colocó el pelo y en esos momentos escuchó toser a Enrique para anunciarle que la esperaba. Rebosante de alegría acudió al reclamo y al salir, ella lo saludó con agrado y le mostró una sonrisa. Él, en vez de corresponder al saludo, frunció el ceño y le recriminó su forma de vestir.

—¿Qué crees, que voy a hacer el ridículo mientras otros te miran? —le dijo con malos modales apestandole el aliento a alcohol—. Pasa y cámbiate de ropa, al menos de falda. Esa tan corta es una indecencia. ¿O es que no lo ves?

Juana agachó la cabeza y se pasó, decepcionada, llevaba la ilusión rota; pero no rechistó. Se miró la falda y se convenció a sí misma de que Enrique tenía razón. Pensó que por lucirse y agradarle a él no se había dado cuenta del atrevimiento que suponía ponerse esa falda: corta a la moda, pero atrevida. Quizá no tanto como otras que había visto ella, pero nada que ver con los vestidos que llegan unos centímetros más bajo de la rodilla, incluso hasta media pierna.

Una vez dentro se cambió por completo. Ninguna prenda de las que tenía hacía juego con la blusa. Además, se sentía

desilusionada. Ya todo le daba igual, estaba anocheciendo y como mucho el paseo duraría media hora, y en ese tiempo apenas nadie iba a notar el cambio producido en su forma de vestir de cada domingo. A esas horas ya no se juntaría con sus amigas de siempre, que eran quienes hubiesen podido notar el cambio. Ellas eran las únicas que, aparte de su madre, sabían de la nueva vestimenta a estrenar.

Compungida y sin ilusión volvió a salir a la calle con su nuevo atuendo y una bolsa en la mano. Él, al verla con aquella falda que le cubría hasta diez centímetros por debajo de la rodilla, caminó a su lado satisfecho. Juana, a pesar de su desilusión, no le guardaba rencor: únicamente pensaba que esta vez había llegado más lejos en su exigencia, porque no había sido un simple reproche, sino una imposición y un tremendo enfado. En el año que llevaban juntos nunca lo había visto tan serio, ni tan tajante. Hasta ahora solo se había entrometido en cosas triviales que en unos momentos olvidaba sin darle mayor importancia. A veces tenía la fea costumbre de decirle: ¡Tú cállate que de eso no entiendes; !Eres tonta; ?Tú no sabes lo que dices; !Cállate ya, que solo dices tonterías! Frases con las que Juana se acomplejaba, pero como nunca lo decía enfadado, ella no le daba la importancia que aquellos reproches tenían. Juana pensaba que él estaba más instruido en las cosas de la vida, en la corrección del vocabulario y en cultura general, por eso ella en su ignorancia creía que él siempre llevaba razón en lo que le reprendía.

Cuando llevaban andados cincuenta metros, él, al ver a Juana seria y con paso firme, le preguntó:

—¿Dónde vamos?

—A casa de tu madre: tu hermana se va mañana temprano y quiero conocer a la niña y darle mi regalo. Además, si no voy a verla, pueden entenderlo como una falta de cortesía, un desprecio, y ellos nunca sabrán si ha sido culpa tuya o mía.

—¡Y ahora tampoco lo tienen que saber¿ !No se te ocurrirá decirles que he llegado tarde?

—Debería decirlo, pero no te preocupes, no lo voy a hacer. Encárgate tú de decirles alguna mentira que cuele. Yo tengo mis defectos, pero no sé mentir como tú.

Cuando llegaron, Juana dio las buenas tardes, saludó a Elena y a José, les dio la enhorabuena y después fue a ver a la niña, que estaba dormida en un nido de mimbre. Sebastiana se quedó mirando a su hijo y al momento preguntó qué había pasado:

—Nada, hemos salido a dar una vuelta y se nos ha hecho tarde.

—¡Hueles a alcohol! ¿Habéis salido a dar una vuelta o la vuelta la has dado tú con tus amigos?

—No... Hemos estado los dos. Niña: ¿verdad que hemos estado los dos? —dijo Enrique dirigiéndose a Juana.

Juana estaba de espaldas a su novio y lo ignoró por completo. Después de darle el regalo a Elena había cogido en brazos a la hija de Elena y le hacía alegrías con una ilusión y un agrado casi maternal. Él dedujo que Juana no había querido responder y no quiso insistir, sabía que a su madre no la podía engañar y Juana no se dejaría hacer cómplice de su mentira, por lo que desistió y empezó a hacerle carantoñas a Sebastiana.

Al domingo siguiente, Juana tenía arreglada la falda. Doce centímetros habían sido suficientes para que la prenda le cubriese la rodilla y él no se escandalizase, aunque al verla pensó que todavía era algo corta.

Ese domingo sí se juntaron con otras parejas amigas, entre ellas Ignacio y Beatriz, amigos de siempre. Todas las amigas estrenaban atuendo de primavera con un corte de falda ocho o diez centímetros por encima de la rodilla. Enrique las miró impresionado, con gusto y con pasión. Reconocía que la minifalda embellecía la figura de la mujer y la hacía más esbelta y el talle más avisgado. Eso lo veía en las amigas de su prometida, todo lo contrario de lo que

vio el domingo anterior en su novia cuando le reprendió por el atrevimiento de la escasa largura de la falda.

Juana, al ver a sus amigas con las faldas tal cual las habían confeccionado después de hablarlo entre ellas, sintió complejo y al mismo tiempo envidia, pero no dijo nada. Sin embargo, sus amigas sí preguntaron el motivo por el cual ella le había soltado.

—No le gustaba a Enrique —dijo retraída.

—¿Y a ti, te gustaba? —preguntó Beatriz.

—Sí...

—Entonces, ¿por qué le has soltado? ¿O es que pensaba ponérsela él?

—No, pero...

—¡No consientas que te maneje! Si lo dejas, estás perdida.

—Así también voy bien, ¿o no...? —preguntó Juana, insegura.

—Sí, vas bien. Solo que un poco rancia por el contraste que hace la largura de tu falda con las nuestras. Una pena, siendo tus prendas mucho más bonitas.

Enrique era exigente y entrometido, pero luego era zalamero y mimaba a Juana haciéndole ver que si le reprendía era por su bien, y ella creía a ciegas todo lo que él decía. También era amable, sobre todo cuando quería conseguir algo. Sin embargo, cuando no lo conseguía, se ponía hecho un basilisco, pero eso no suponía ningún problema, porque al final ella se quedaba en su casa y él, aunque se iba enfadado, al día siguiente volvía amable y Juana no le tenía en cuenta el enfado del día anterior. Sin embargo si comparaba el trato amable que recibía de Vicente con los puntos impulsivos que manifestaba Enrique y sentía nostalgia de esa vieja amistad, pero al tener cerca a su novio sentía conformidad y se olvidaba de su amigo.

Así fue pasando un día y otro día durante siete años de noviaz en los que Juana se vio envuelta en reproches y desprecios que unas veces la aturdían pensando que él

tenía razón y otras sentía rabia al ver que Enrique le daba demasiada importancia a las cosas que, según él, ella hacía mal. Sin embargo, las faltas que Enrique cometía, que eran muchas, siempre carecían de importancia. Pero Juana, en vez de recriminárselo, callaba por el temor de que se enfadase más de lo que estaba en esos momentos y se fuese para no volver. Ese temor hacía que soportase sumisa los cambios bruscos de su novio. Cambios que le hacían estar unas veces enfadado y otras veces amable o demasiado amable, según lo que quisiese conseguir, y en una ocasión de extrema amabilidad sin más preámbulos le dijo:

—¿Quieres que nos casemos? Si tú quieres, lo propongo a mi madre y dentro de unos meses nos casamos.

Juana se sintió la mujer más dichosa del mundo al escuchar esas palabras y, emocionada, sin ninguna duda contestó:

—Lo que tú quieras. —Un sí camuflado dentro de la timidez de una frase conformista, pero un sí firme, un sí ilusionado, un sí que ella pensaba que la llevaría a la felicidad: a una felicidad completa.

Dos semanas después de que Enrique le hiciese la propuesta a Juana celebraron los desposorios o arreglo de boda, como comúnmente le llamaban a ese requisito, y fijaron la fecha del enlace.

En esa celebración estuvieron la madre de Enrique, su hermana Elena, el marido y sus hijos: Casimira, con seis años, y el pequeño Ramón, con tres. Por parte de Juana estuvieron Aurelio y Joaquina (sus padres), dos hermanos y sus tíos.

Juana vivió el acontecimiento ilusionada, como flotando en una nube. Se sentía dichosa rodeada de su familia y la familia de su novio casi al completo. Solo faltaba Patricio, el padre de Enrique, fallecido hacía ya muchos años. Juana veía a Sebastiana, su futura suegra, como a una segunda

madre y a Elena, la hermana de Enrique, como a su propia hermana.

La celebración de la boda fue sencilla, sin embargo, ella la consideró un lujo. Acostumbrada a economizar en casa de sus padres, la celebración de una copiosa cena en casa del novio le hizo ver su futura vida de casada llena de abundancia y felicidad.

Cuando sus amigas le dieron la enhorabuena, se abrazó ilusionada a ellas y aunque el ambiente era un ensueño de felicidad, sintió que algo faltaba. Echaba en falta a Vicente y preguntó por él a María y a Beatriz, sus hermanas. Las dos se encogieron de hombros, pero Juana no se conformó, quiso saber el motivo por el cual Vicente no había ido a su boda e insistió.

—Quiero que me digáis la verdad. Me duele no poder compartir con él, igual que con vosotras, esta felicidad.

—Según él, no podía dejar solo el rebaño —contestó María temiendo que su hermana se sincerase con Juana.

—Lo que me estás diciendo me suena a excusa —apuntó Juana, decepcionada.

—Posiblemente lo sea, pero ¿qué quieres...? —dijo Beatriz al fin—. Es normal que sienta frustración con tu boda.

La verdad era que Vicente estaba triste con la celebración de ese enlace. Hacía mucho tiempo que había perdido todas las esperanzas de estar algún día con Juana, pero ahora, ya casada, sabía con certeza que nunca la tendría. En esos momentos, tristes para él, prefería estar en el campo con las ovejas llorando a solas antes que compartir esa felicidad que predominaba en la celebración, especialmente entre Enrique y Juana. Sabía que si acompañaba a Juana en su enlace matrimonial, resaltaría en su cara la tristeza, eso, si no le daba por beber, y no era capaz de contener las lágrimas después de emborracharse: era el amor de su vida y definitivamente la perdía.

Dos semanas después, cuando vino con sus dos días de descanso, vio a Juana y, a pesar del dolor que sentía, le dio

la enhorabuena, serio y triste, pero deseándole lo mejor de todo corazón. Ella se sintió feliz con aquella atención y se lo comentó a Enrique.

—¡Estaría al acecho para hablar contigo; ¡Disfruta cuando está cerca de ti a solas! ¡No asistió a la celebración de la boda y ahora te da la enhorabuena... a ti en particular, como si yo no existiese! ¡No quiero que hables con él, te enteras! —le dijo Enrique a voz en grito.

Jana, con humildad, intentó hacerle ver que Vicente solo era un amigo para ella, pero dentro del enfado que tenía Enrique fue inútil convencerlo. Unos días después, cuando estaba más tranquilo, él le pidió disculpas, pero sin desechar el recelo que sentía cada vez que algún hombre se acercaba a Juana.

Los primeros meses de casados Enrique la mimaba en todo momento. El deseo de poseerla a todas horas era la fuerza que lo empujaba a ser atento con ella; pero al quedarse embarazada, según iba engordando mermaba la pasión de él y a partir de entonces solo se acercaba a ella cuando sentía ganas incontrolables de mujer. Entonces hacía el acto a lo bestia, sin respeto y sin ningún sentimiento amoroso. Y desde esa postura necia, aberrante, machista e inaguantable, a veces le exigía a ella actos mezquinos, vergonzosos y de humillación, a los que Juana se negaba. Él, al recibir el rechazo, se enfadaba y por venganza le condicionaba la libertad en lo que pensaba que más le dolía a ella: como por ejemplo ir a ver a su madre. Llegó a exigirle que estuviese encerrada cada tarde hasta que llegase él de trabajar. Eso a pesar de que la mayoría de las tardes casi nunca llegaba antes de las diez de la noche, porque cuando salía del trabajo se iba de cañas con los amigos hasta las tantas. Sin embargo, hasta ahí todo fue bien. Ella, sumisa, aguantaba las subidas de tono, esquivaba algún intento de empujón y humildemente obedecía las exigencias de él, aunque cada vez de peor